

# YO BAILÉ CON ZEDILLO

## Germán Dehesa

### Antiguas literaturas germánicas

Este título es de Borges. De hecho, todo lo que en este apartado se comenta lo he aprendido de Borges. Con él he compartido la emocionante sorpresa de enterarme, por ejemplo, de que en las antiguas sagas islandesas los poetas que también eran cronistas, contaban y cantaban con parejo entusiasmo las victorias de su pueblo y las de sus enemigos. Táctica totalmente premoderna y antipriísta, pero que no deja de tener su dignidad, su ironía y su dramatismo.

En alguna de estas sagas podemos leer la mágica historia de dos ejércitos que encarnizadamente combaten en un llano. Lo hacen como si combatir fuera un juego, casi una fiesta. En la cumbre de un monte que domina el ensangrentado valle, los dos reyes enemigos juegan al ajedrez. La partida es minuciosa, silenciosa y feroz. Los cuatro reyes (dos del tablero y dos del cerro) se buscan con esa pasión que sólo tienen los verdaderos enemigos y los verdaderos amantes. En el punto culminante de la partida, uno de los reyes se da por vencido: aparece un emisario que le anuncia la derrota de su ejército. El cronista poeta no añade más. Serán San Agustín, Maquiavelo, Vico, Hobbes, Carlyle, Marx, Diderot, Cossío Villegas y miles de historiadores más los encargados de ampliar, confirmar, modificar o refutar esta diminuta y magistral metáfora de la historia urdida en la helada Edad Media.

### Modernas sagas yugoslavas

1992 queda muy lejos de las antiguas sagas islandesas. Sin embargo, la batalla prosigue. En el tablero blanco y negro de los días y las noches los hombres (y quizá los dioses que nos miran desde el cerro) siguen maniobrando su tortuoso ajedrez. Se llame política o se llame guerra, es incesante. Si miramos rumbo a Yugoslavia veremos, no sin sorpresa, no sin horror, que como en el tango (saga de barrio) la historia vuelve a repetirse. Ahí los hombres, por razones tan graves como algunas diferencias en la pigmentación, la forma de los ojos, o la entonación de ciertos verbos han decidido echar mano a sus fierros y aprontar su destino de ser polvo.

En el centro mismo del combate, en un espacio vigilado por cientos de guardianes, dos hombres juegan al ajedrez. Son fríos, calmosos, feroces. Uno es norteamericano, se llama Bobby Fischer, y últimamente le ha dado por escupir. El otro se llama Boris Spassky, y es ruso, aunque se ha propuesto la imposible tarea de ser francés. Eso no lo han logrado ni siquiera los franceses. Ahí están los dos frente al tablero. A lo lejos, la metralla y los gritos. Más lejos, mucho más lejos, la ONU, la Comunidad Europea, Yeltsin, Bush y nosotros. La historia y el tiempo, tenaces como aspirantes a gobernador, siguen su curso.

### Y ahora con ustedes: ¡La historia de México!

Nadie sabe hasta la fecha, bien a bien, de qué se trata. Es como la biografía de María Félix: plástica, moldeable y tornadiza. Le sucede lo que a los campanarios de Proust: según se avanza en el camino van quedando a la derecha, o a la izquierda, o no se ven. Con la historia nos ocurre la misma ilusión óptica que en el psicoanálisis: nos dicen que somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos; pero no nos advierten que dependiendo de cómo somos es que recordamos cómo fuimos: el pasado como gran maestro de! presente, pero el presente como gran moldeador del pasado. Una cosa es ver el porfiriato desde 1940 y otra - Krauze no me dejará mentir- mirarlo desde Televisa en 1992. A la luz de todo esto, todavía está por verse qué es y cómo ha sido la historia mexicana.

Desde mi personal experiencia sus fuentes son múltiples: para comenzar está el país mismo. Yo he estado en Uxmal y he sentido cómo se desenrosca lentamente la víbora de un tiempo que es y no es mi tiempo. Yo he estado en San Luis de la Paz y he visto a un cura exigiendo a los miserables campesinos un pago en especie -desde gallinas hasta billetes- para permitirles entrar a la iglesia. He estado en El Lencero, y he visto las tristes glorias de Santa Anna. Casi no hay día que no vea el horrendo monumento a la Revolución, el generoso trasero de la Diana (¡suave patria!), el emocionante Ángel de la Independencia del que no se sabe si está llegando o se está yendo. Veo asimismo a los Niños Héroe vendiendo Clorets, pegando de maromas y solicitando la ayuda de criollos independientes y mestizos redimidos por la vía de la adquisición de un Topaz a plazos.

En todo eso gravita la historia y el que la quiere aprender la aprende. Como fuente de conocimiento histórico está también la familia. A mí mi madrina Maty me enseñó que aunque Dios es infinitamente misericordioso, tuvo que mandar al infierno, sin derecho a amparo y a postre, a Judas y a Benito Juárez. A este último por prieto zapoteca, por tocar la flauta, por hacerle perrerías a nuestra santa madre iglesia (la suya), y por haber sido tan pelado con Maximiliano. Junto a ella estaba mi padre que idolatraba a Juárez y que me decía que Flores Magón era un visionario porque quería hacer la Revolución para acostarse con todas

las mujeres que quisiera. Esto me lo platicaba con los ojos brillosos y en ausencia de mi madre.

Un tío que idolatraba a Santa Anna y lo consideraba el primer magnate de los fraccionamientos y ventas de bienes raíces, otro que iba a París a visitar la tumba de don Porfirio, otro más que al cuarto tequila se declaraba zapatista y amenazaba con irse a Yauhtepec a organizar un alzamiento. Ellos también fueron para mí fuente de historia y personajes históricos ellos mismos. En orden de importancia vienen luego los maestros de historia. Los míos fueron horriblos. El más divertido era uno que le decíamos *Motila* y que era más reaccionario y más lerdo que mi madrina Maty. Según él, desde la expulsión de los jesuitas, México no ha vuelto a levantar cabeza. También tuve otra maestra que, sin duda, agarró la chamba acicateada por el hambre, pero cuya verdadera vocación era la de exótica. Llegaba voluptuosa e impudente y se ponía a leer el libro de texto. Era muy emocionante ver cómo ella se sorprendía y se emocionaba al igual que nosotros al leer cosas como "...entonces Madero y Pino Suárez fueron cobardemente asesinados". "¡Los mataron!", decía francamente sorprendida e impactada, y luego añadía: "Francamente no hay derecho". En último lugar y con derecho a un inciso aparte están los libros de texto.

### **Que todos los niños estén muy atentos**

Yo, en verdad, no recuerdo ni lejanamente mis libros de texto de historia de México. Seguramente eran tan malos y con tantos errores como los actuales. Nada, o muy poco les debo en cuanto a mi conocimiento de la historia patria. Personajes como el Pipila, o Juan Escuda, o el Niño Artillero, o el Héroe de Nacozari, o el Perro Aguayo, los he ido conociendo en el diario vivir, en la tradición oral, y en los libros que he visitado con ánimo de divertirme y no de informarme.

Digo todo esto porque en fechas recientes los intelectuales ya organizaron una pelea en super-libre, máscara contra cabellera, calzón negro contra calzón de lentejuela y en relevos australianos con motivo de la aparición de los nuevos libros de texto gratuitos referentes a la historia patria. En ellos se nos explica que Nezahualcōyotl ya estaba haciendo el primer borrador del TLC y que Vasco de Quiroga hizo lo que hizo porque ya intuía el salinismo y la solidaridad. Yo no digo que eso esté bien, o que alguien se lo vaya a creer, salvo los muy babosos (pero esos de todos modos se creen hasta lo que dice Raúl Velasco). Yo lo que opino es que la instrumentación política de la historia es asunto antiguo (véase La Eneida de Virgilio) y cada texto viene no a destruir mitos, sino a sustituirlos. Como diría Macedonio: estos libros llenan un gran vacío (con otro).

En el fondo de tanta y tan santa indignación creo adivinar el vehemente deseo de llevar a Zedillo al baile y sacarlo del juego de la sillita. Reconozcamos también que Zedillo se dejó embarcar con ejemplar inocencia. Lo cierto, creo yo, es que el ajedrez de la historia, su infinita y misteriosa trama de múltiples tableros, está más allá de los malhadados libritos. Y basta de historias. Yo bailé con don Zedillo.